



Ánima alada (texto inédito, Diciembre 2000)

ROSARIO FERRÉ¹⁰⁴

Durante muchos años viví en un apartamento de Washington D.C., acompañada solo por Misa, mi primera gata. Siempre fui amante de los perros hasta el día que la compré por 15 dólares en el refugio de animales. Aquel silencio que me seguía a todas partes, pisando sobre mullidos colchoncitos, me convenció de que los gatos eran ánimas aladas. Misa era toda blanca, lo que implica ya una contradicción pues los gatos tienen siempre algo de sombra y las sombras son inevitablemente negras. Pero Misa se escurría por entre los muebles como una mancha de nieve que se resistía a derretirse. Era sata, pero hidalga de naturaleza. Jamás se rebajó a abochornarse, a meter el rabo entre las patas, jadear con la lengua afuera, desgarrarse tras otro gato y otras barbaridades por el estilo que suelen hacer los perros. Si el cálido ronroneo de su lomo solía ser, en un momento, la más maravillosa prueba de su amor, también su inesperado zarpazo me dejó muchas veces alguna huella.

Cuando tenía a Misa frente a mí, su calma se me contagiaba. Nunca tenía prisa, aunque tuviese hambre. Jamás se atragantó la comida, Binó que la mordía delicadamente, hincando sus colmillitos en el paté de pollo o de ternera Gourmet Foods. Los gatos nacen con la sabiduría de la paciencia. Algo de chino sin duda hay en todo gato, por eso nacen con los ojos rasgados.

Misa era, como todos los gatos, un ser sumamente económico. Comía solo lo necesario, aunque le dejaran el plato rebosante de comida. Pero era su instinto de

104 Rosario Ferré (Ponce 1938) graduada en literatura inglesa en el Manhattanville College, master en Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Puerto Rico, obtuvo su doctorado en Maryland. Se dio a conocer como escritora en los setenta con los relatos de *Papeles de Pandora* (1976) y como directora de la revista *Zona de carga y descarga*, revolucionando el panorama isleño. Ha publicado poesía (*Fábulas de la garza desangrada* 1982; y *Las dos Venecias*, 1992), ensayo (*Sitio a Eros*, 1980; *El coloquio de las perras*, 1990; y *El árbol y sus sombras*, 1989), biografías (*Memorias de Ponce*, 1992), cuentos (*Sonatinas*, 1989...) y novelas, entre las que destacan *Maldito amor* (1992, premio en la Feria de Frankfurt), *La casa de la laguna* (1996) y *Vecindarios excéntricos* (1998) en su doble versión inglesa y castellana. Parte de su crítica literaria fue recogida en *A la sombra de tu nombre* (2000). Ha impartido cátedra en las universidades de Rutgers, John's Hopkins y Puerto Rico.



economía en el espacio que ocupaba lo que más llamaba la atención sobre ella. Yo podía estar sentada durante horas mirándola. Su lengua, de punta rugosa y áspera, le servía de diminuto estropajo, y con ella se bañaba desde la punta de la cola hasta las orejas. Empezaba con los hombros, el lomo, las cuatro patas, y finalmente -lo que más trabajo le daba- el cuello, para lo cual tenía que girar la cabeza y a la vez mantenerla muy cerca del cuerpo con habilidad de contorsionista. Su cola, también blanca pero con punta de pincel negro, subrayaba la importancia que le daba a no ocupar ni un pelo más allá del espacio que le correspondía. Cuando se sentaba sobre las patas de atrás colocaba las de adelante muy juntitas y cerca del cuerpo, y con la cola se daba a sí misma la vuelta, abrazando todo su perímetro.

Los ojos de Misa eran dorados, pero con el iris rojo. En la oscuridad el rojo se destacaba más, y a veces me parecía ver como la sangre le circulaba por el cuerpo. Algo de ferocidad, de diminuto tigre de las nieves le quedaba en la mirada al traerme de vez en cuando alguna presa: un arriero, una cucaracha o una lagartija que depositaba orgullosamente debajo de mi silla, frente a la computadora. Era su manera de decirme diplomáticamente que ella no era una sanguijuela, que podía ganarse el pan y vivir por cuenta propia si le daba la gana. Su misión, sin embargo, era hacerle compañía a aquellas pobres mujeres que, por malgeniadas o cabeciduras como yo, no lograban retener a un compañero a su lado por mucho tiempo.

Compartir el espacio respirado nos hace sentir menos solos, aunque el que remueva el aire junto a nosotros no sea más que una pequeña bestia, y por eso yo siempre dormía con Misa. Terminadas las tareas del día, Misa se subía conmigo a la cama y se tendía a mis pies sobre las sábanas. Yo leía por un rato antes de apagar la luz, y Misa me miraba atenta desde su puesto hasta que yo alargaba la mano hacia el interruptor de la lámpara. En cierta ocasión en que la soledad me hacía sentir muy deprimida, tuve que dejar de leer porque de pronto las lágrimas me nublaron los ojos y me empezaron a bajar por las mejillas. Entonces Misa se levantó de donde estaba echada, se me acercó y empezó a lamerme las lágrimas.

Un día conocí a mi marido y hace quince años que vivimos felizmente casados. Pero todavía me acuerdo de Misa. ¿Quién se atreverá a negar que era un ánima alada?